



INTERNACIONAL

Israel e Irán: riesgos y oportunidades en Líbano y Gaza

Javier Gil Guerrero

Investigador del Instituto Cultura y Sociedad, Universidad de Navarra

En el presente ensayo el autor analiza el papel de cada uno de los actores en el actual conflicto de Oriente Medio. De un lado, Israel busca –con la desarticulación de Hamás en Gaza y de Hezbulá en el Líbano– acabar o reducir al máximo las principales amenazas a su seguridad y existencia. Del otro, Irán se juega su hegemonía regional e influencia mediante los diferentes grupos paramilitares patrocinados. Y todo ello bajo el incierto panorama electoral norteamericano que abre diversas ventanas de oportunidad a una y otra parte.





Para un estadista que pretenda dar forma a Oriente Medio de acuerdo a sus intereses o valores, la región suele presentarse como un bloque de granito impenetrable. Los intentos por limar aristas han de afrontar la extrema dureza y resistencia de la roca. Muchas veces, como en el caso de Afganistán, una ingente inversión de recursos a largo plazo apenas produce resultados beneficiosos y la situación acaba por revertir a su (desastroso) estado originario con una rapidez pasmosa. Sin embargo, lo ocurrido en la región en las últimas semanas ha creado una oportunidad única para reordenar el escenario geopolítico de Oriente Medio.

El descabezamiento metódico de Hezbolá y la degradación paulatina de su arsenal de misiles y cohetes, unido a la práctica eliminación de la cadena de mando y las capacidades ofensivas de Hamás en Gaza, permiten vislumbrar un escenario en el que Israel no sólo sea capaz de romper el “anillo de fuego” levantado por Teherán en torno a sus fronteras, sino que también haga saltar por los aires el Eje de la Resistencia liderado por Irán, piedra de toque de su estrategia para imponer una hegemonía regional.

De proseguir las espectaculares victorias del Estado hebreo en el campo de batalla, no resulta impensable concebir Oriente Medio no ya como un bloque de granito, sino como una masa de arcilla blanda y maleable lista para recibir la forma que quieran darle las manos del escultor. Este momento de gran plasticidad en la región no durará mucho tiempo y, a pesar de los éxitos cosechados por Israel, seguirá presentando numerosos riesgos.

Del apogeo al *impasse* iraní

Entre 2013 y 2017, durante el segundo mandato de Obama, la República Islámica de Irán alcanzó el cénit de su poder en Oriente Medio. En esos años afianzó y legitimó de manera decisiva su presencia en Siria e Irak durante la lucha contra el Estado Islámico, consolidó el poder de Hezbolá sobre el Líbano y Siria, ayudó a la toma del poder de los hutíes en el norte de Yemen (lo que desencadenó una guerra civil que aún no ha terminado) y firmó un acuerdo nuclear con Estados Unidos en 2015 que le otorgó reconocimiento internacional y puso fin a las sanciones que maniataban su economía. Esta fase expansiva del poder duro iraní fue posible gracias a la política exterior de Obama. Los arquitectos de esta política (Ben Rhodes o Robert Malley entre otros) sostenían que la fuente de inestabilidad en



En el caos de las guerras civiles en Yemen, Siria e Irak y en la debilidad de un Líbano sin un Estado sólido y eficaz, Teherán extendió sus tentáculos y regó con misiles, cohetes y drones a sus *proxies*



▶ **Tras casi un año de bombardeos sobre sus territorios en el norte y con una población desplazada impacientándose, Netanyahu decidió a finales de agosto incrementar la respuesta militar contra Hezbolá con el fin de lograr la pacificación en la frontera y lograr el retorno de los refugiados**

la región era la confrontación constante de Estados Unidos y sus aliados con Irán. La estabilidad regional y los intereses norteamericanos quedarían mejor servidos si Washington alcanzaba un *modus vivendi* con la República Islámica, y Arabia Saudita y el resto de las monarquías árabes del Golfo aprendían a “compartir el vecindario” con Teherán. El enemigo común que representaba el Estado Islámico supondría un primer punto de partida en la cooperación entre Estados Unidos e Irán mientras que la aceptación y limitación del programa nuclear iraní eliminaría el principal factor de tensión entre ambos países.

La respuesta de Irán a esta política de buena voluntad fue redoblar su apuesta por un expansionismo regional mediante milicias y grupos paramilitares armados, entrenados y financiados por la Guardia Revolucionaria. En el caos de las guerras civiles en Yemen, Siria e Irak y en la debilidad de un Líbano sin un Estado sólido y eficaz, Teherán extendió sus tentáculos y regó con misiles, cohetes y drones a sus *proxies*. Estos hicieron uso de sus nuevas capacidades militares para hostigar a los principales obstáculos al expansionismo iraní en la región: Estados Unidos, Israel y Arabia Saudita. Como no era Irán el que atacaba directamente, estas milicias y grupos paramilitares ofrecían a Teherán la coartada perfecta para seguir una política agresiva sin el riesgo de sufrir las consecuencias (saudíes, estadounidenses e israelíes entraban al juego de Irán al limitarse a responder militarmente contra los grupos que les atacaban, pero nunca contra quien coordinaba y armaba esos grupos). El objetivo era sencillo: expulsar a Estados Unidos de la región, forzar a países como Arabia Saudita o Emiratos Árabes Unidos a mantener un perfil bajo y dócil a los intereses de Irán y, por último, corroer las defensas y la economía de Israel en una guerra de atrición previa a un ataque final y coordinado del Eje de la Resistencia que pusiera fin a la existencia del Estado hebrero.

El triunvirato que lideraba y personificaba esta exitosa estrategia de dominación regional iraní estaba compuesto por Qasem Soleimani, creador del Eje de la Resistencia; Mohsen Fakhrizadeh, padre del renovado programa nuclear; y Amir Ali Hajzadeh, comandante de las fuerzas aeroespaciales de la Guardia Revolucionaria y responsable del desarrollo del programa de misiles y drones. Juntos, y gracias tanto a la pasividad norteamericana como a la contención israelí, lograron llevar a la República Islámica a su apogeo en términos de poder e influencia regional en sus más de 45 años de historia. Mientras tanto, los rostros de la Re-



pública Islámica más visibles y conocidos en Occidente durante ese período, el presidente Hasán Rohaní y su ministro de exteriores, Mohammad Yavad Zarif, aportaron la sofisticación y los gestos necesarios para camuflar la verdadera agenda del régimen.

El abandono del acuerdo nuclear anunciado por Trump en mayo de 2018 y la reimposición de las sanciones económicas de una forma inusitadamente dura (en una operación bautizada como “campaña de máxima presión”), el asesinato de Soleimani en enero de 2020, la firma de los Acuerdos de Abraham en septiembre de 2020, el asesinato de Fakhrizadeh en noviembre de 2020 y el recrudecimiento israelí de la “guerra entre las guerras” para socavar la presencia iraní en Siria y Líbano marcaron el inicio del declive del poder de la República Islámica en la región. La llegada de Biden a la Casa Blanca supuso un respiro para el régimen, pero no el ansiado retorno al segundo mandato de Obama que se esperaba en Teherán. El acuerdo nuclear no llegó a firmarse y las sanciones económicas impuestas por Trump, aunque no se aplicaron con la misma severidad, siguieron vigentes. Malley y las voces más próximas a Irán en la administración Biden acabaron saliendo del gobierno. Las relaciones entre Irán y Estados Unidos quedaron suspendidas en un limbo: sin caer en la confrontación de Trump, pero sin retornar a la cooperación de Obama.

De la catástrofe a la victoria israelí

Israel, en un solo año, ha experimentado un proceso inverso. La ofensiva del 7 de octubre de 2023 se cobró las vidas de 1200 personas, 8000 de ellas civiles. Por otra parte, 251 israelíes fueron tomados como rehenes y llevados a la franja de Gaza. La debacle fue seguida por una lluvia de cohetes sobre las ciudades israelíes más próximas a Gaza.

El ataque del 7 de octubre supuso la mayor masacre de judíos desde el Holocausto. Destruyó la confianza y el orgullo de la sociedad en el ejército y los servicios de inteligencia tras unos años en los que la clase política y el gobierno habían quedado profundamente en entredicho en medio de una polarización social cada vez más acentuada. Complicando aún más las cosas, Hezbolá abrió un frente al norte de Israel al comenzar el lanzamiento periódico de cohetes sobre las comunidades y bases fronterizas de Israel. Sólo la intervención decidida de Estados

► **Israel también ha eliminado a los principales guardianes de la revolución iraníes que actuaban de asesores y enlace con Hezbolá. El resultado ha sido un éxito. En Hezbolá se ha roto la cadena de mando y reina la confusión y el descontrol**



► **Hezbollah era la primera línea de defensa de la República Islámica. Las otras dos líneas de defensa son sus misiles balísticos y su programa nuclear. Irán no ha podido evitar la destrucción de Hamás en Gaza y tampoco parece saber cómo frenar o paliar la embestida furiosa que amenaza con dejar a Hezbollah en coma**

Unidos, con el despliegue de una flotilla frente a las costas del Líbano, impidió que paralela a la guerra en Gaza, diese comienzo una abierta entre Israel y Hezbollah. A pesar de la disuasión estadounidense, los ataques de Hezbollah, aunque limitados, se prolongaron en el tiempo, causando el éxodo de 100 000 civiles israelíes al centro y sur del país.

Tras casi un año de bombardeos sobre sus territorios en el norte y con una población desplazada impacientándose, Netanyahu decidió a finales de agosto incrementar la respuesta militar contra Hezbollah con el fin de lograr la pacificación en la frontera y lograr el retorno de los refugiados. El momento era idóneo. Las grandes operaciones militares en Gaza habían acabado y la mayoría de los líderes de Hamás habían sido eliminados. Su arsenal de cohetes estaba prácticamente neutralizado (el pasado septiembre apenas se lanzaron 36 cohetes contra Israel desde Gaza). Aunque la operación militar en Gaza no ha terminado y algunos de sus líderes como Sinwar permanecen con vida, Israel por primera vez tenía las manos libres para atacar decisivamente a Hezbollah sin arriesgarse a una guerra de alta intensidad en dos frentes.

Los bombardeos quirúrgicos junto con la operación que terminó en la detonación de los buscas y *walkie talkies* de los miembros de Hezbollah fueron el pistoletazo de salida para una intensa campaña de bombardeos en todos los feudos de la organización (principalmente, las regiones y barrios de mayoría chiita: el distrito de Dahie en Beirut y los territorios del sur del Líbano y del valle de la Becá). El resultado, hasta ahora, ha sido una destrucción de la organización desde arriba: esto es, una eliminación implacable de todos los altos cargos, desde Nasralá hasta los responsables de las distintas unidades. Israel también ha eliminado a los principales guardianes de la revolución iraníes que actuaban de asesores y enlace con Hezbollah. El resultado ha sido un éxito. En Hezbollah se ha roto la cadena de mando y reina la confusión y el descontrol. Esto es evidente en el hecho de que no se ha visto todavía una acción a gran escala (lanzamiento sincronizado de cientos de drones, cohetes y misiles que sobrecarguen el sistema de defensa israelí y causen un daño devastador en infraestructura civil y militar). Los contraataques de Hezbollah, por ahora, siguen siendo menos intensos y mucho más pequeños de lo previsto desde hacía años por todos los analistas. Esto, unido al inicio de una



pequeña ofensiva terrestre que está encontrando una resistencia menor de lo esperada, ha despertado las expectativas en Israel de una victoria que destruya o cause un daño irreparable a Hezbolá sin tener que pagar un alto precio en vidas civiles y militares.

Si se materializa este escenario, en cuestión de apenas un año, Israel lograría eliminar dos enemigos en sus fronteras norte y sur que Irán llevaba décadas cultivando. Eran las dos espadas de Damocles que constreñían la libertad de movimiento de Israel a la hora de confrontar la acción de Teherán en la región. Y esta doble victoria se está logrando sin la destrucción y muerte en Israel que todo el mundo tenía por axioma.

Oportunidades

Hezbolá era la primera línea de defensa de la República Islámica. Las otras dos líneas de defensa son sus misiles balísticos y su programa nuclear. Irán no ha podido evitar la destrucción de Hamás en Gaza y tampoco parece saber cómo frenar o paliar la embestida furiosa que amenaza con dejar a Hezbolá en coma. Los acontecimientos se suceden tan rápido (Nasralá fue asesinado por Israel tras 32 años en el cargo, su sucesor, Safieddine, apenas duró unos días... lo mismo ha sucedido con decenas de altos cargos, donde los reemplazos de los asesinados apenas tienen tiempo de asumir responsabilidades antes de caer ellos también) e Israel parece tener un dominio tan absoluto de los movimientos y decisiones de Hezbolá e Irán, que Teherán no sabe qué camino tomar. Hasta ahora, los líderes iraníes han apostado por Washington como la principal baza a la hora de evitar una victoria total de Israel. La presión de Washington para evitar bombardeos indiscriminados en Beirut y una ofensiva terrestre a gran escala podría garantizar que Hezbolá no sea derrotada por completo. Sin embargo, pese a las advertencias de Biden, Netanyahu ha sido extremadamente habilidoso a la hora de cruzar todas las líneas rojas marcadas por la Casa Blanca sin causar una ruptura irreparable en las relaciones ni poner en riesgo el apoyo militar estadounidense. Esto explica el ataque con misiles de Irán a Israel a principios de octubre. Teherán está perdiendo la paciencia con Estados Unidos. Decididos a presionar a Biden ante su ineficacia a la hora de frenar las crecientes ofensivas israelíes, los líderes iraníes optaron por escalar la situación mediante un ataque más letal que el de abril que

► **En Teherán saben que la Casa Blanca busca ante todo una desescalada y evitar una guerra vierta regional. El ataque de octubre fue un mensaje dirigido a Estados Unidos: Irán estaba dispuesto a abrazar una escalada y sumir a la región en una guerra si Washington no ponía coto a la ofensiva de Israel en Líbano**



► **Antes de que Irán sea capaz de reconstruir sus proxies en Palestina y Líbano, Israel puede aventurarse con una acción que haga un daño real al programa nuclear iraní o su infraestructura energética a un riesgo muchísimo más bajo que el existente durante las últimas dos décadas**

hiciese saltar las alarmas en Washington. En Teherán saben que la Casa Blanca busca ante todo una desescalada y evitar una guerra vierta regional. El ataque de octubre fue un mensaje dirigido a Estados Unidos: Irán estaba dispuesto a abrazar una escalada y sumir a la región en una guerra si Washington no ponía coto a la ofensiva de Israel en Líbano.

El problema es que Netanyahu tiene ahora mismo pocos incentivos para doblegarse ante la presión estadounidense. Biden es un presidente saliente y muchos de sus altos cargos, sea quien sea elegido en noviembre, no continuarán en sus puestos a partir del próximo febrero. Las encuestas dibujan un escenario muy reñido en el que Kamala no puede permitirse una confrontación abierta con Netanyahu que ponga en riesgo parte de su electorado. Trump, por otra parte, está totalmente a favor de dar carta blanca a Israel y dejar que Netanyahu actúe contra sus enemigos como lo vea oportuno. En esta situación, salvo que Biden decida dar un golpe en la mesa o romper la baraja, la capacidad real norteamericana de influir en los eventos de Oriente Medio es bastante reducida.

Por otra parte, Netanyahu es consciente de que, en caso de enfrentarse directamente a Irán, nunca se dieron mejores circunstancias. Hamás está completamente fuera de juego y Hezbolá está contra las cuerdas. La lluvia de misiles desde el norte y el sur que constituía la póliza de seguros de Irán para evitar un ataque israelí es más remota que nunca. Irán puede seguir echando mano de los hutíes en Yemen y de sus milicias en Siria e Irak, pero estos carecen de la capacidad que tenían Hamás y Hezbolá para infligir un golpe devastador a Israel. Por tanto, desde el punto de vista de Israel, ahora cuentan con la oportunidad de atacar a Irán sin arriesgarse a una guerra en varios frentes que haga colapsar todas sus defensas. Antes de que Irán sea capaz de reconstruir sus *proxies* en Palestina y Líbano, Israel puede aventurarse con una acción que haga un daño real al programa nuclear iraní o su infraestructura energética a un riesgo muchísimo más bajo que el existente durante las últimas dos décadas.

Irán es consciente de la amenaza que afronta en estos momentos. También es consciente de que las circunstancias le son favorables a Israel y que no tiene mucho sentido tratar de disuadir a Netanyahu (ellos llegarían a las mismas conclusiones de encontrarse en los zapatos del primer ministro israelí). Por ello, Te-



▶ **Al afirmar que un ataque israelí a sus instalaciones nucleares o petrolíferas sería respondido con un ataque sobre la industria de exportación de crudo y gas de las monarquías del Golfo, Irán busca que tanto árabes como europeos o americanos redoblen su presión sobre Israel y acaben por forzar la mano de Netanyahu**

herán está tratando de evitar esta posible ofensiva israelí contra su programa nuclear mediante amenazas a los aliados de Israel. El caso de Estados Unidos ya lo hemos visto. Irán sabe que Biden busca una desescalada a toda costa, pero también ha visto que hasta el momento ha sido incapaz de hacer valer su voluntad sobre Netanyahu. Por tanto, Irán ha decidido redoblar su apuesta amenazando no a Israel o Estados Unidos, sino a sus aliados en la región e, implícitamente, a las economías occidentales. Al afirmar que un ataque israelí a sus instalaciones nucleares o petrolíferas sería respondido con un ataque sobre la industria de exportación de crudo y gas de las monarquías del Golfo, Irán busca que tanto árabes como europeos o americanos redoblen su presión sobre Israel y acaben por forzar la mano de Netanyahu. Esta estrategia está dando resultado: Europa ha subido el tono y ciertos países han llamado no sólo a un embargo de armas, sino también económico de Israel.

No obstante, la amenaza iraní no es tan creíble como podría parecer a simple vista. El restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Arabia Saudita hace un año y el inicio de un proceso de distensión con las monarquías del Golfo ha socavado la disuasión indirecta o triangular de la República Islámica. Este tipo de disuasión se da cuando una potencia A es incapaz de contrarrestar la amenaza de otra potencia B debido a su inferioridad militar o económica y busca, por tanto, instaurar una disuasión mediante la amenaza a países vecinos o aliados de la potencia B. Estos países pueden ser neutrales en el conflicto, pero eso no impide que la potencia A los incluya en la ecuación del conflicto para lograr una disuasión frente a la amenaza de la potencia B. Sin embargo, el restablecimiento de relaciones con las monarquías del Golfo dificulta esta capacidad de disuasión triangular y deja a Irán con poco margen de maniobra. Es esta, por el contrario, otra circunstancia que impelería a Netanyahu a tomar una acción decidida contra Irán.

Riesgos

Todo lo expuesto anteriormente deja de manifiesto que las fortunas políticas y militares son extremadamente volubles. Israel haría bien en no dejarse embriagar por el sorpresivo giro de los acontecimientos y profundizar en una escalada sin considerar antes los peligros.



Para empezar, Israel cuenta con el precedente de las tres operaciones militares terrestres que ha llevado a cabo en Líbano a lo largo de su historia. En 1979 y 1982 para combatir a la OLP palestina y en 2006 para hacer frente a Hezbolá. Ninguna de las operaciones anteriores resultó en una victoria contundente y clara. Es más, fueron los primeros conflictos en la historia de Israel en los que no se obtuvo un resultado claro. En 1978 y 1982 Israel invadió el país contando con poderosos aliados dentro: el Ejército del Sur del Líbano de Saad Haddad y la milicia falangista del partido Kataeb liderada por Bashir Gemayel. Israel tenía entonces la posibilidad de instaurar en Beirut un gobierno aliado capaz de cosechar los beneficios de una operación militar. Ni en 2006 ni ahora cuenta Israel con esa carta. El Acuerdo de Taif que puso fin a los 15 años de guerra civil libanesa hace ya más de 30 años supuso el desarme de las milicias cristianas. Desde entonces, el monopolio de la fuerza en el país ha estado prácticamente en manos de Hezbolá. Si la milicia chiita es destruida por Israel, el problema es que no hay ninguna organización aliada de Israel capaz de capitalizar el resultado. Tampoco el Estado libanés. El gobierno libanés y sus fuerzas armadas son extremadamente débiles y no parece haber un plan para apuntalarlo aprovechando la debilidad de Hezbolá. Sin un cambio de gobierno en Beirut y una consolidación del Estado, será cuestión de tiempo que Irán pueda reconstituir Hezbolá.

Otra cuestión importante es la alianza con Estados Unidos. Netanyahu ha sabido cómo sortear los vetos de Biden, pero la cuerda no puede tensarse indefinidamente. Israel no puede defenderse sin la asistencia económica y militar de Estados Unidos. Las municiones y el armamento que usa son, en gran parte, *made in America*. También, como han dejado claro los ataques iraníes de abril y octubre, si Israel se enfrenta abiertamente a Irán necesita de la asistencia directa de las fuerzas estadounidenses desplegadas en la región para evitar una sobrecarga de su sistema de defensa antimisiles. El Estado hebreo necesita garantizar la asistencia norteamericana a medio y largo plazo, no sólo a corto plazo. La forma en la que Netanyahu ha desafiado la administración Biden corre el riesgo de soliviantar al Partido Demócrata y hacer que poco a poco el consenso bipartidista en torno a Israel se hunda y la alianza quede exclusivamente en manos del Partido Republicano. De ser así, el apoyo norteamericano se volvería cada vez más aleatorio e imprevisible, poniendo en riesgo la estabilidad de la defensa de Israel.



El gobierno libanés y sus fuerzas armadas son extremadamente débiles y no parece haber un plan para apuntalarlo aprovechando la debilidad de Hezbolá. Sin un cambio de gobierno en Beirut y una consolidación del Estado, será cuestión de tiempo que Irán pueda reconstituir Hezbolá



► **Pese a las victorias tácticas del último año, Israel no deja de ser un país de menos de 10 millones de habitantes con muy poca profundidad estratégica. Irán es consciente de esto y por eso ha apostado por una guerra de desgaste**

Por último, habría que considerar el coste económico de una guerra dilatada en el tiempo. El año de operaciones militares de alta intensidad en Gaza y Líbano no tiene precedentes en la historia de Israel. La tradición en el Estado hebreo es de guerras cortas y decisivas. Pese a las victorias tácticas del último año, Israel no deja de ser un país de menos de 10 millones de habitantes con muy poca profundidad estratégica. Irán es consciente de esto y por eso ha apostado por una guerra de desgaste. Las armas empleadas por el Eje de la Resistencia son mucho más baratas que las empleadas por Israel para hacerle frente. El coste a largo plazo puede ser inasumible. Las victorias logradas en el último año son, por ahora, tácticas. Israel necesita un plan claro y viable para lograr una victoria estratégica a corto o medio plazo.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a Cuadernos de Pensamiento Político:
<https://fundacionfaes.org/publicaciones-de-faes/#htmegatab-907822b6>
www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tif 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES

